AHD,75,18,3



Santiago Rodríguez Santerbás

# "EL LIBRO DE LA CAZA MENOR", DE MIGUEL DELIBES

El escritor - el artista, en general - es un hombre que construye su propio mundo. En un principio, ese mundo es apenas una nebulosa. Es necesario que fluya el tiempo. Hay que conceder un plazo suficiente al desarrollo de ese proceso interior que Aristóteles llamaba "catarsis"; es decir, purga del espíritu por medio del poder curativo de un determinado tipo de armonía estética. Al fin, cuando se ha experimentado el hallazgo de la serenidad interior, puede decirse que el hombre ha construído su propio e intransferible paisaje.

Estas cuatro ideas mal hilvanadas se me han venido a la mano después de haber leído "El libro de la caza menor", último de los publicados por Miguel Delibes. Al fin y al cabo, el lector - que también es, como el escritor, humano - busca en los libros un caldo de cultivo favorable a su propia catarsis. Pero desgraciadamente no todo lo que se lee resulta propicio para la búsqueda. Me atrevo a afirmar que un libro posee el mismo grado de trascendencia - o intrascendencia - para el autor que para el lector. Si no se diera esa circunstancia de la comunicabilidad, la literatura no tendría razón de ser.

Miguel Delibes no ha recorrido en balde ese largo camino - - quince títulos, muchos de ellos traducidos a diversas lenguas - que va desde "La sombra del ciprés es alargada" hasta "El libro de la caza menor". Su obra ha experimentado una importante depuración, tanto en el aspecto formal como en el sustantivo. Digo esto porque - basándome en las anteriores afirmaciones - presiento que Miguel Delibes ha llegado al final del proceso catártico: ha construído su propio mundo. De ahora en adelante, la obra de Miguel Delibes estará marcada por el sello de la serenidad definitiva. Su única labor será la de descubrir los sutiles e innumerables matices de ese dominio privado.

Era lógico que Miguel Delibes alcanzase su objetivo utilizando como medio final el tema - para él tan familiar - de la caza. Sospecho que no podía suceder de otro modo. Miguel Delibes - como muchos hombres engranados en el mecanismo vital de nuestro siglo - siente con harta frecuencia la necesidad de ser "paleolítico", la urgente precisión de olvidar su piel de ente urbano y civilizado - es decir, lleno de prejuicios - y, para remediarlo, se sumerge en uno de los más primitivos tinglados humanos: la caza. Echarse al campo con una escopeta bajo el brazo constituye una actividad cuyos fundamentos son tan instintivos y ancestrales como la vida misma. En dichos fun-

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

damentos reside precisamente el innegable encanto - el veneno - del arte venatorio. "En caza y amores - dice un viejo refrán -, entras cuando quieres y sales cuando puedes". Miguel Delibes entró hace muchos años en el universo cinegético: "En puridad - ha escrito en su último libro -, esto de la caza se mama. Cuando uno, de chico, ve llegar al padre cada domingo con un ramo de perdices, al alcanzar el uso de razón - que, dicho sea sin ánimo de ofender, es cuando menos se usa - piensa que los días festivos se hicieron para eso: para pechar con montes y morenas pegando tiros a diestro y siniestro".

Con ello, quiero defender la tesis de que, más que un escritor que caza, Miguel Delibes es un cazador que escribe. La afirmación no deja de ser significativa. Supone, por lo pronto, una garantía de sinceridad. Porque Delibes - en mi modesta opinión - no es periodista, ni abogado, ni catedrático, aunque en las solapas de las portadas de sus libros se le atribuyan tales profesiones. Miguel Delibes es, ante todo, un hombre cuya mentalidad es, en un noventa por ciento, predominantemente rural. "Para sentar las cosas desde un principio - escribió Miguel Delibes hace algunos años - diré que Sedano es mi pueblo, un pequeño gran pueblo de Burgos..." Y explica: "En efecto, uno nació - o le nacieron - en Valladolid, ciudad de la que se siente orgulloso, pero eso no obsta para que a uno, desde pequeñito, le gustase tener su pueblo..." Y, por si fuera poco, insisto: "Porque es en los pueblos donde nacen las cosas y las costumbres y cada pueblo tiene una cara y no como las ciudades que todas se asemejan porque todas, incluso las más pequeñas, aspiran a parecerse a Nueva York. Así que Sedano es mi pueblo y no por casualidad de haber nacido en él, sino por decisión deliberada de haberle adoptado entre mil".

Es ésta una postura lógica y honrada. Los hombres solo deberían escribir sobre los temas que les son familiares. La obra global de un escritor es, en síntesis, una sola: su autobiografía. Y Castilla - la tierra, los hombres, el viento, las palabras, los animales - es el mundo propio e intransferible - el paisaje interior - de Miguel Delibes. Todo esto se podía presentir hace tiempo; por lo menos, a partir de 1950, año en que se publicó "El camino", esa "pequeña historia de una pequeña aldea" vista a través de los ojos infantiles - inaugurales - de Daniel, el ~~Mochuelo~~ Mochuelo. Por si acaso los indicios no eran suficientemente claros, tuvo lugar más tarde el advenimiento de uno de los personajes de ficción más palpablemente vivos de la literatura española: Lorenzo, el bedel-cazador que, hastiado de urbanismo, olvidaba el dolor de vivir metiéndoselo, "con los perdigones, a las liebres y a las perdices por el culo". En realidad,

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

las caminatas dominicales de Lorenzo eran escalones ascendentes dentro de su particular proceso de catarsis.

Se me dirá, y con razón, que apenas he hablado del contenido sustancial de "El libro de la caza menor". Pienso, no obstante, que del mismo modo que al hombre y al árbol se les conoce por sus frutos, puede juzgarse al libro por sus consecuencias, entendiendo como tales todo ese cúmulo de sugerencias e intuiciones de las que el libro es causante. De todas formas, haciendo concesión a la costumbre, puedo y debo señalar en el libro de Miguel Delibes esas cualidades que, a fuerza de ser indebidamente reiteradas, pierden gran parte de su valor al ser - tal en este caso - justamente atribuídas. Me refiero a la perfección - sería ruin hablar sólo de pulcritud - del estilo, a la extraordinaria amenidad del relato, a la belleza del conjunto literario. Debo aludir también a las magníficas fotografías - prodigiosamente expresivas - de Francisco Ontañón, que ilustran el volúmen. Sin embargo, ¡qué míseros me parecen, en este caso, los adjetivos! ¡Están, los pobres, tan usados - y abusados - que da cierta grima emplearlos!

Me limitaré, pues, a afirmar que en "El libro de la caza menor" hay "magia" encerrada. Debo confesar que, por mi parte, este elogio es el mayor que puedo hacer de un libro y que tal calificación es exclusiva de una escasa docena de volúmenes. Me explicaré: llamo "libros con magia" a aquellos que nos hacen salir de nuestro mundo habitual y nos sumergen en un universo de ideas, de armonías estéticas insospechadas, de posibilidades inéditas. Son "libros de mesilla de noche". No se busca en sus páginas la simple distracción o la solución a un grave problema social. En el fondo, el lector se busca, en ellos, a sí mismo. Y es que la "magia" posee un asombroso poder introspectivo. Los "libros mágicos" demuestran - como en el caso de Miguel Delibes - que el autor ha construído ya su mundo e incitan al lector - harto de verdades vulgares y de hechos racionales - a penetrar en él con la misma cálida sensación de atravesar los insólitos umbrales de un laberinto excitante y acogedor.

Julio 1964

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES